

EL RETORNO DE LA LUZ

Cristián Londoño Proaño



Ilustración de Pablo Larrea

Trilogía "El instinto de la luz"
Libro III

EL RETORNO DE LA LUZ

LIBRO III DE LA TRILOGIA
EL INSTINTO DE LA LUZ

Cristián Londoño Proaño

El retorno de la luz

El instinto de la luz (libro III)

1era edición digital: septiembre 2018

Cristián Londoño Proaño

Publicado por Cristian Londoño Proaño

Copyright 2018 Cristian Londoño Proaño

www.cristianlondonoproano.com

Quito, Ecuador

Ilustración: Pablo Lara

Diseño de portada: Diego Maenza

Todos los derechos reservados de acuerdo a la ley.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso escrito del autor.

1

En las primeras horas de la mañana fui al consultorio del yachac. Golpeé la puerta. Me atendió Taita Wairi, me hizo pasar a su consultorio y me pidió el dije solar. Me zafé la cadena de cuero del dije, me lo quité del cuello y se lo entregué. El yachac cogió aquel inmenso sol, tallado en metal y lo depositó en la mesa. Agarró una pequeña piedra anaranjada de uno de los desordenados anaqueles. Cogió un cincel, se sentó en la mesa y comenzó a tallar en el centro del dije.

—Voy a colocarle un cuarzo —indicó el yachac—. Te protegerá de las fuerzas del mal.

—Gracias, Wairi —dije, mientras miraba como el yachac colocaba la piedra en mi dije de color cobre.

—Tenemos que estar preparados —comentó mi maestro— Las criaturas de Uku Pacha volverán a acecharnos.

Hacía un mes que habíamos resuelto el caso de la flauta mágica y tuvimos la certeza de que el mal rondaba nuestro pueblo.

—La energía de Uku Pacha es más fuerte cada día—dijo el viejo yachac, continuando en el tallado de la piedra—. Siento su maligna presencia.

Sabíamos que las criaturas de Uku Pacha necesitaban las siete pertenencias y la Tupac Huari, la planta de la fuente eterna de la vida, para hacer el hechizo que devolviera la vida al Chusko, el chamán de alma negra que las gobernó. En los meses anteriores habíamos logrado encontrar dos pertenencias del Chusko: el libro de apuntes y la flauta mágica. Faltaban encontrar cinco pertenencias, pero teníamos sospechas que las criaturas ya las habían encontrado.

Taita Wairi me entregó el dije. Le agradecí. Examiné la joya ancestral. En el centro, el yachac había incrustado el pequeño cuarzo. Me fascinó la luz anaranjada que desprendía.

Unos minutos después, me indicó que me sentara en el banco de la mesa de su consultorio y me enseñó un método para obtener la esencia de las plantas y preparar un brebaje. El método consistía en seleccionar las hierbas

medicinales, machacarlas en un mortero y pasarlas por un cedazo. Luego se hacía una infusión, se la colaba y se la embotellaba en un frasco pequeño.

—Lo importante es que el color debe ser azul — dijo, indicándome un frasco con el brebaje y depositándolo en la mesa. Luego, agregó: — el brebaje se receta sí el paciente tiene escalofrío, fiebre o le duelen mucho las articulaciones. El paciente debe tomar tres cucharadas al día.

Saqué mi cuaderno y anoté las indicaciones.

Me puse a preparar el brebaje en base a las indicaciones dadas. Seguí los pasos, pero el brebaje resultó de color amarillo.

—Concéntrate, Awi —me reprendió el yachac.

—Es difícil, Wairi —dije molesto.

—Hacer un brebaje no es fácil —dijo el yachac—. Debes aprender a hacerlo bien... Inténtalo de nuevo.

Nuevamente, tomé las hierbas, seguí los pasos y el brebaje resultó de color verde.

—No puedo —me quejé.

El yachac me miró enojado.

—Sé paciente y perseverante —dijo el yachac—. No puedes dejar que te venza las dificultades. Tienes que esforzarte. Busca y mira otros caminos posibles. Así lograrás solucionar el problema y conseguirás lo que te propones.

—Wairi...

—No, no Awi... No hay pretexto. Inténtalo de nuevo.

Nuevamente, volví a seguir los pasos para obtener el brebaje. El resultado, fue, de nuevo, un brebaje de color amarillo. Me enojé. Solté el mortero en la mesa.

—Tranquilo —dijo el yachac—. Mañana puedes seguir intentando.

Me dio ganas de decirle que eran demasiados intentos y que, si no podía, era que no podía hacer brebajes. Pero me callé. Sabía que, si le decía esas palabras, el yachac me hablaría con dureza.

A las cuatro de la tarde abandoné la casa de mi maestro. Me fui a visitar, como de costumbre, a mi novia Dolores. Estaba muy enamorado de la muchacha de los ojos de capulí.

La visita a Dolores transcurrió entre miradas, besos y chismes de los compañeros del colegio. A las seis de la tarde, Luz, la mamá de Dolores, me invitó a comer un trozo de pastel que había hecho en el horno de leña. Mientras comíamos, Luz comentó:

—Los habitantes del pueblo están preocupados, porque las criaturas de Uku Pacha están haciendo sus fechorías.

—Todos deben estar tranquilos —respondí—, el yachac y yo estamos atentos y enfrentaremos a las criaturas.

La mamá de Dolores hizo un gesto de satisfacción. Ella era una de las personas que más confianza tenía en el poder del yachac.

Terminé de comer el pastel, agradecí a Luz, me despedí de Dolores y abandoné la casa.

Eran las siete de la noche. Hacía frío. El cielo estaba despejado. Tomé la calle principal. Las luces de las casas de paredes blancas y techos rojos iluminaban las veredas. La calle estaba desierta. Había una relativa calma que me incomodaba. Sentí que alguien me observaba. Examiné las ventanas, las puertas y la esquina de la calle.

No había nadie. ¿Acaso era una falsa sensación? Decidí no hacer caso.

Reanudé mi caminata. Cuando viré en una de las calles transversales, escuché un chillido. Me llamó la atención. Giré mi cuerpo y busqué el ruido.

Tal vez fue el llanto de un bebé, me dije y seguí mi camino.

De nuevo, volví a escuchar con más fuerza el chillido. Era un sonido más definido. Tal vez era un animal. ¿Un gato montés? ¿Un ñawi?

Hay algo raro, me dije nervioso.

De pronto, sentí el golpe de un poderoso viento que casi me tumbó. Me incorporé despacio, miré al frente y me quedé admirado. Al frente, estaba parado un duende. La criatura medía un metro de altura, tenía una cabeza grande, unos ojos amarillos y desorbitados, y lucía un sombrero punteado y un poncho grande de color azul.

—¿Qué haces aquí? —dije, poniendo mi mano en la correa.

El yachac me había enseñado que, para alejar a los duendes, debía sacar la correa y fuetearlos.

Los duendes no son confiables, me dije. Ellos siempre buscan hacer travesuras.

—¿Lo quieres?—dijo el duende con una voz gutural, mientras me mostraba mi dije solar. Sí, lo había robado de mi cuello sin que me hubiera dado cuenta.

No puedo permitir que el duende me quite el dije, me repetí. Es una joya valiosa, ancestral y me protege de las criaturas de Uku Pacha. Debo recuperarla.

Corrí desesperado, persiguiendo al ladrón por la calle. El duende avanzaba, riéndose como si hubiese hecho una broma. Me enojé y aumenté mi velocidad. La criatura se paró y me miró desafiante a los ojos. Me lancé hacia su cuerpo y apreté su poncho azul. En ese instante, me mareé, mi visión se puso turbia y sentí que caía lentamente en el suelo.